

# Misterios de la Ciudad

Es domingo, me encuentro muy bien, y estoy muy animado, de tal modo que no aguanto ni un minuto más en la cama y decido, casi por primera vez, salir a pasear por Cartagena a las 7 de la mañana. Ni siquiera mi madre, la más madrugadora de la casa, se ha levantado. Me dirijo hacia la cocina y me pongo manos a la obra, tostadas por aquí, leche por allá..., por fin termino de desayunar y me dispongo a vestirme; decido ponerme una ropa cómoda, no muy arreglado, ya que no hay mucha gente en la calle y mi paseo será largo. Al salir, dejo una nota visible encima de la mesa de la cocina, para evitar preocupar a mis padres, aunque yo imagino que es algo imposible, ya que no se creerán que he madrugado y he salido a pasear; pensarán que pasa algo grave.

Al bajar, me encuentro con unos barrenderos muy callados y cansados, esto debe ser porque han sido más madrugadores que yo. Les saludo de forma educada, cosa muy extraña en mí, soy muy tímido y no suelo formular muchas palabras, pero ya que el saludo es casi obligado, no quiero que piensen que soy un chico de esos de 17 años que parece enfadado con el mundo y, encima, ellos trabajan para que mi calle esté limpia.

Al dar unos cuantos pasos más, unos señores muy trajeados parecen que tienen la intención de atropellarme, pues si no me aparto hubiese habido una desgracia. Tienen aspecto de ser autoridades importantes del Ayuntamiento, ya que llevan muchas carpetas, hojas, formularios...

Unos 100 metros más adelante, en una calle con gran actividad comercial, todas sus tiendas empiezan a encender luces, y al lado de una de ellas, me resulta rara una cosa. Una gran grúa blanca con dos señores con chalecos trabajan en una farola, ¿qué pasará? ¿Se habrá averiado?, Para averiguarlo espero unos minutos a ver qué acción hacen; al instante, lo descubro; son técnicos que andan colocando luces y decoraciones ya que la Navidad está cerca.

Por fin llego a mi destino, a la cafetería donde suelo comprar un chocolate caliente y una magdalena; la camarera me atiende simpáticamente y, mientras trae mi pedido, voy al aseo. Cuando salgo, lo que he pedido ya está sobre la mesa. Al sentarme, me empiezo a poner nervioso, la gente que hay dentro no para de cuchichear sobre alguien de la sala y, con la poca gente que hay, sólo yo puedo ser el centro de atención, pero no; después de unos instantes descubro al alcalde de Cartagena tomando un café. Terminó mi chocolate y mi magdalena dejando unas pocas migajas encima de la mesa, pago mi desayuno y salgo de la cafetería.

Son las ocho y cuarto y las calles empiezan a llenarse de gente. Todavía es muy temprano para volver a casa y aburrirme en ella; vuelvo por otra calle, en la que el recorrido es más largo y más divertido; observo un montón de edificios que me llaman la atención, estoy seguro de que nunca he estado en esta calle; Cartagena es tan grande que da hasta cansancio pensar en recorrer todas sus calles. Paso por un gran edificio, Hacienda. Los más madrugadores hacen cola, y enfrente de una iglesia que ocupa un gran espacio se divisan una oficina de empleo, inmobiliarias, lugares públicos, oficinas... y, a la salida de la calle, dos policías velan por la seguridad ya que es una calle muy importante, con

bastantes cargos públicos. Tienen cara de pocos amigos, pero yo creo que, en el fondo, son los más simpáticos de la ciudad, aunque se hacen los duros.

Para mi sorpresa, acabo en la puerta del Ayuntamiento de Cartagena. Grandes carteles anuncian a Cartagena como una ciudad transparente, me acerco a observar, ya que tengo tiempo de sobra para entretenerme en lo que quiera. Una señora se acerca interesada y me pregunta si deseo visitar el Ayuntamiento. Están promocionando el Ayuntamiento o Palacio Consistorial, como ella dice, pues se acerca a los 110 años. Ofrecen visitas de forma gratuita. En 30 minutos empezará la ruta; mientras tanto paseo por el puerto, cientos de barcos están anclados allí y el catamarán que ofrece rutas turísticas parece dispuesto para salir a navegar. Me quedo sentado en un banco y miro cómo llegan y salen barcos. Estoy tan embelesado que en un instante pasan los 30 minutos acordados.

Al llegar al Ayuntamiento, la gente comienza a entrar y me uno a ellos. La guía cuenta multitud de cosas, desde la época romana hasta la actualidad. Me llevo muchos panfletos informativos. Hay varias televisiones preparadas para informar sobre la visita. Creo que de lo que mejor me acuerdo es del final, es lo que más me ha impactado, pues, pensaba que el cartel que describe a Cartagena como una ciudad transparente es por sus horas de sol, pero no, significa que la ciudad ofrece mucha información y recursos al ciudadano, hasta ha sido galardonada como la ciudad más transparente de la Región. Al término de la visita, emprendo mi camino de vuelta por la ruta más corta, ya que estoy muy cansado pero, sorprendentemente, me siento como si hubiese descubierto

una ciudad diferente. Estoy acostumbrado a una ciudad invadida por las tiendas y el turismo, y no le daba importancia a la función de los barrenderos, la decoración colocada por técnicos, los edificios encargados de funciones imprescindibles, los policías velando por nuestra seguridad, es decir, una Ciudad Transparente.



ADRIÁN GARCÍA SEVILLA

I.E.S.O. GALILEO